

EL CATOLICISMO EN CUESTION

La imagen que muchos en España han tenido del catolicismo es muy sencilla y coherente, según se la oí confesar en una de mis jiras provincianas a un marxista. Para él —como para muchos españoles— se trata de un opio que por un lado nos evade de los males de esta vida, y por otro nos vuelve pasivos y castrados para poder disfrutar plenamente de los bienes de una sociedad donde todos seamos solidarios los unos de los otros.

El egoísmo centrado en la propia salvación y la alienación clerical, que impide reconocer la plena autonomía del ser humano, son sus nefastas características.

Pero como el hombre tiene una razón que cada vez despierta más, hubo —según mi interlocutor— que inventar el misterio. Se nos dijo que como la razón no puede ahondar en esos problemas —hay que distanciarla de ellos—, que la Iglesia es misteriosa por ser un Cuerpo Místico.

Sinceramente hemos de confesar los creyentes que estas duras imágenes muchas veces están y sobre todo han estado justificadas. La faz de nuestro catolicismo se presentó teñida —y no lo ha superado totalmente— de oscurantismo intelectual, moral y espiritual. En muchas de sus enseñanzas se predicó y practicó el antiliberalismo, el antisocialismo y el antipersonalismo.

Sin embargo, la etapa de la crítica exterior y superficial se ha hecho insuficiente —aunque en algún modo sea siempre necesaria—. Porque de poco vale ya que gritemos contra los obispos o el clero cuando dan un espectáculo pobre (como el del incidente de la Congregación del Clero), o que saquemos a relucir los muchos defectos de la historia de nuestra Iglesia (con la Inquisición, la caza de brujas, la expulsión de los judíos o su conformismo civil), y que nos mostremos disconformes con esta o la otra enseñanza concreta (como con el concepto ingenuo de la infalibilidad, un tímido control de natalidad imposible en la práctica, unas formulaciones doctrinales basadas en una filosofía hace años superada). Como tampoco es suficiente que nos aliemos —con degradante oportunismo realizado demasiado infantilmente— al carro de la última moda o de la última previsión futura de carácter social o político (antes derechista y ahora izquierdista).

Por eso han fallado el conservadurismo católico de los años treinta y el progresismo católico de los años sesenta. Necesitamos, por tanto, un «tercer hombre» que no sea el vino aguado de promediar las dos posturas anteriores, sino otra cosa.

¿Y dónde —nos preguntamos— hemos de mirar para salir del callejón sin salida en que los creyentes españoles nos hemos metido?

Semana tras semana voy, en estas páginas y en mis palabras habladas, intentando contestar a esa interrogante. Y sé que parece en unas épocas pesimista y en otras optimista (y a veces, en la misma época, unos me creen lo uno y otros lo contrario).

No obstante, acuciado por mi propia inquietud, sigo intentando dar siempre pasos adelante, ya que —para mí— la vida es apertura al futuro, y no moribunda contemplación del pasado.

Y en esos pasos tenaces hacia un futuro borroso que hemos de crear nosotros mismos se me van aclarando las cosas sin llegar nunca a alcanzar la meta esperada.

Porque el hombre, como el mito de Tántalo, parece estar engañosamente a punto de llegar a lo que resulta difícil alcanzar. Es como el fenómeno del espejismo: que creemos tener cerca lo que no es más que efecto óptico producido por nuestro anhelante deseo.

Así nos ha pasado a los católicos españoles. Unos caen en el camino ante el espectáculo deprimente del conservadurismo, otros quieren definitivamente asentarse en el oasis progresista que termina por defraudarles. Todos ellos se engañan. Sólo hay un caminante que acierta, el que prosigue siempre con la ayuda de la propia inteligencia, sin hacer caso de espejismos eclesiásticos del tinte que sean (conservador o progresista). Y manteniendo esa inteligencia en contacto con dos fuentes: una, íntima y religiosa (su propia experiencia aclarada por el Evangelio, sin glosa), y la otra, exterior a él, expresada por los hombres recios —muchos de ellos no creyentes— que intentan construir un mundo mejor y más justo para todos.

Únicamente vence en este ensayo el que hace el camino con sus propias fuerzas, junto con los que coinciden con él, pero no se engaña ya con la droga alienante que muchas veces le han suministrado bastantes dominadores religiosos hispanos a través de su azarosa historia.

Para animarme en este camino siempre medito en dos frases

de la Biblia —una, de un libro deuterocanónico, y la otra, de uno canónico— que encierran más sabiduría que las palabras demasiado humanas de muchos burócratas avanzados o retrógrados de la religión.

La primera es ésta: «Delante de un consejero ponte en guardia y conoce primero sus necesidades, porque él también piensa en sí mismo... y además atente al consejo de tu corazón, porque nadie te será más fiel que él» (*Eclesiástico*, cap. 37. Trad. Bover-Cantera).

El segundo, tan útil como el primero, es este otro: «Es preferible instruirse que ofrecer sacrificios como los imbéciles, que ni siquiera caen en la cuenta cuando hacen el mal» (*Eclesiástico*, cap. 4. Trad. J. Steimmann).

Nada podemos hacer que esté a espaldas de nuestra personal decisión, y si nos hubieran acostumbrado a ello en nuestros años de formación religiosa, otra cosa sería, porque nos hubiéramos acostumbrado a responsabilizarnos nosotros mismos en todo lo que decidimos o hacemos, en vez de esperar ingenuamente siempre el campanillazo religioso que nos dé la directriz para actuar en cada caso. Y ahora que esos tiempos están casi pasados, lo que hacemos es figura de niños irresponsables: somos —por nuestra formación poco personal— como el caballo de Atila, que rompe cuanto está a su alrededor sin beneficio para nadie.

En el segundo consejo bíblico se critica lo que hacen muchos diciendo: «Lo hice de buena fe», y, sin embargo, nos perjudican irreparablemente. Un obispo, un hombre de empresa, un ministro, un padre de familia no basta con que sean bienintencionados. Se necesita mucho más: precisamos del resultado de sus acciones, de un resultado eficaz para los hombres. No podemos aceptar ya bienintencionados gestos que nada saben, ni quieren saber, del resultado de sus actos.

A la luz de estos dos principios, debíamos llevar adelante nuestra vida religiosa (y no religiosa) los que creemos. Si así lo hiciéramos, no nos pasaría lo que me decía un amigo que fue bastante conservador por haber actuado demasiado al dictado: «Me da la sensación de que siempre me han engañado los libros religiosos que leí y las voces que escuché». Naturalmente que eran los libros corrientes en España y las palabras al uso en nuestro país, y no las de un catolicismo inteligente.

La reforma de nuestra Iglesia española, nuestras decisiones morales concretas y nuestra práctica religiosa litúrgica tienen —por eso— que ser seriamente realistas, y no idealistas de un progresismo engañoso ni conformistas de un conservadurismo asociado.

Tendríamos que juntar, en una difícil síntesis, esas dos posturas superándolas, no promediándolas. Y hacerlo sólo nosotros, y nadie en sustitución nuestra. Hemos de unir en esa síntesis el sentido social y la autonomía personal. Nos debemos a los demás, no podemos ser egocéntricos, y, sin embargo, no podemos entregarnos a los otros —obispos, fieles o no creyentes— sin ser nosotros mismos, pase lo que pase.

¿Podrá nuestro catolicismo español —no el de la institución humana criticable, sino el de los católicos concretos, sean obispos o simples creyentes— hacerlo?

Yo creo que esto es posible. Pero no resultará fácil. Y —de todas formas— en el camino podemos fracasar y encontrarnos o sin la antigua seguridad de sentirnos apoyados por el grupo compacto que formaba antes la Iglesia, o sin la satisfacción de haber hallado en nuestras vidas religiosas una veta positiva.

Lo que ya no resultará posible en el futuro será vivir protegidos del peligro de neurosis religiosa individual, por una entrega infantil y exclusiva al grupo o al líder, en una actitud de identificación con un grupo que padezca una neurosis religiosa colectiva, manifestada humanamente en lo absoluto de todas sus palabras, en lo estereotipado de todas sus creencias y en lo casuístico de todas sus normas.

La religión es experiencia positiva o no es nada. Y esa experiencia, cuando de verdad se posee, no tiene por qué ser una neurosis, sino una ayuda a la maduración y adultez humanas. Y para eso, el contacto con el grupo no debe ser protección infantilizadora, sino ayuda funcional que no se sustituya a las decisiones de la propia persona, ni a sus valores insubornables, por modestos que sean. Y el grupo mismo tendrá que respetar el pluralismo, en un «fair-play» auténtico y en buena parte nuevo en nuestra historia.

Después de lo dicho, hay que preguntarse, como el pastor protestante a que aludí en mi artículo anterior: ¿qué puede aportar el catolicismo al futuro de nuestra historia?

MIRET MAGDALENA